

# Niño místico\*

*Emilio Rodríguez*

Yo FUI UN NIÑO socrático, inseguro de todo, silencioso, puro, esos chicos abstraídos, maravillosos, autistas, un poco siniestros, movidos por un desvarío que los separa de los demás niños. Pibe idiota, pibe poeta. Fui hermoso, objeto ideal para que una madre religiosa pudiese simular en mí la imagen del Niño Jesús.

Mi madre tenía 40 años cuando nací. La nube de una crisis existencial se refleja en las marcas de la tristeza de los retratos de la época. Mujer hasta ese momento social y mundana, sufrió una profunda conversión religiosa.

Ella me llevaba a misa todos los días, largas horas en la medialuz de la catedral, bajo los efectos de esa droga mística que es el incienso, proyectado a todo color en el coro de los ángeles y querubines que revoloteaban en la bóveda celestial, con sus culitos rosados. Yo levantaba la vista y me encontraba rodeado de otras Madonas con otros Niños Jesús y todos los fieles en torno a nosotros, esa buena gente que venía a vernos.

Una folie a deux teística

Estupendo delirio, mi primer trabajo de cogestión. Partió supongo de mi madre, pero en ella resultaba latente lo que en mí se hacía revelación. Mi pesebre estaba anidado en casa, en Viamonte y Esmeralda, en el corazón de Buenos Aires. A pesar de la transparencia

\* Capítulo inédito de su autobiografía que publicará próximamente la Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

invisible de nuestro vínculo, mis hermanos, ahora me doy cuenta, me miraban de una forma especial.

—Es distinto de los demás —decían, trayéndome regalos.

Mi caso es ideal por magnificar la norma. Sostengo que todos tuvimos una folie a deux en los albores de nuestras vidas. Mi mérito, que no es poco, consiste en haber levantado el velo del olvido. Esa amnesia encubre un amor enceguecedor. La madre enloquece con su bebé, con lo que fue una parte suya y sigue siéndolo. En esa simbiosis absoluta, la madre crea condiciones para que el bebé se sienta inmortal. Ahora siento nostalgia por la época en que tenía mi Madona. Sólo como Virgen, una madre puede asumirse Yocasta.

Cierta vez, en un laboratorio social, una madre ansiosa estaba preocupada con su hijo. Tiene mil miedos, no puede separarse de él. Entonces le propongo el "Juego de La Torcaza Muerta". Nos colocamos en el centro de la sala.

—¿Cómo se llama tu hijo ? —pregunto.

—Se llama Pablito.

—¿Qué edad tiene?

—Va a cumplir seis.

Monto la escena de la siguiente manera: Pablito ha encontrado una torcaza muerta en el jardín. La tiene en el hueco de su mano. Yo soy Pablito.

—¿Qué le pasa al pajarito, mamá? —pregunto y veo que ella se pone tensa. No encuentra palabras; mira mi mano tendida, buscando inspiración.

—Se murió —dice finalmente. Percibo que se encoge de hombros, una mueca corporal.

—¿Se murió? —pregunto.

—Y sí... se murió.

Pausa.

—¿Mamá, me voy a morir? —pregunto, y ella comienza a explicarme y yo no entiendo lo que me está diciendo... que el pajarito era viejito, como abuelito... que vas a vivir cien años, Pablito...

—¿Mamá, me voy a morir? —insisto, y me doy cuenta que pregunto con algo de la intensidad inicial de aquella fatídica vez, cuando esperaba que me dijeran que el pájaro estaba dormido o que era un bicho de paja con pinta de torcaza. No estaba preparado para el baldazo metafísico. Uno va con un pájaro tieso y te firman la sentencia de muerte.

La muerte rompió el hechizo. Descubrí que el amor de mi madre que no me protegía. Fue la primera separación.

Me alejé, pero tenía adoración por ella. Tengo un cuento para contar. Mi hermana, María Mercedes, era pintora y abría su primera exposición en la Galería Witcomb, en Florida. Ella tenía 23 años. El presidente general Uriburu, cuenta la leyenda, concurre al vernisage. Mi hermana mayor recibió muchos elogios pero no vendía ni un solo cuadro y estaba, lógico, desilusionada. Hasta que, en el último día, temprano, al abrirse la galería, llega una formidable señora de negro, con collar de perlas, acompañada de su chofer de uniforme. Ella mira los cuadros, uno por uno, con aprobación altanera, y compra el más caro. La Dama de Negro quedó como mito familiar. Era francesa decían, por el acento. Era bonita, afirmaban, aunque un tul ocultaba su rostro. Pasaron los años, pero la anécdota no quedó olvidada.

Navidad era una gran fiesta en nuestra familia y mi madre siempre se disfrazaba de Papa Noel, con su gran bolsa repleta de regalos. Pues bien, veinte años más tarde, ella llega con una bolsa aún mayor y comienza a repartir regalos para hijos y nietos. Finalmente saca del fondo de la bolsa un paquete forrado en papel madera y lo entrega a mi hermana. Ella lo abre y encuentra el famoso cuadro. Mi madre era la mismísima Dama de Negro y guardó el cuadro por todo ese tiempo sin decir ni mu. Impresionante. A esa altura mi hermana ya era una pintora consagrada. Este cuento me da carne de gallina, me da orgullo de ser hijo de esa madre.

Mi abuela paterna, Margarita Hileret de Rodrigué, era una mujer muy rica, pero muy rica. Ella tenía cuatro hijos, dos hijos en Buenos Aires y dos hijas en París. Como no se daba bien con el frío, mi abuela vivía en perpetuo verano, cruzando el Atlántico todos los equinoccios, seis meses en Mar del Plata con los hijos y seis meses en Le Vesinet, en las afueras de París, con las hijas. Cruzó más de 50 veces el Gran Charco, siempre en la misma cabina. Un personaje, mi abuela. Como toda señora rica, la acompañaba una pariente pobre.

Tuve una infancia dorada. Mi abuela me regalaba cien pesos para mi cumpleaños. Era una enormidad para un chico; me imagino que sería el equivalente a 300 dólares actuales. Yo, si mucho, gastaba 10 pesos, y cometí un error fatal: le daba el resto a mi madre para que lo guardara. Nunca vi esos 90 pesos. Las madres pueden ser admirables, pueden ser Damas de Negro, pero son ladronas natas del dinero filial, that is a fact, cogido al pie del diván. No me pregunten por qué, pero es así. Tal vez sientan, con razón, que uno les debe la bolsa y la vida; pero eso no tiene importancia. Quiero insistir que mi abuela paterna era millonaria: su marido y su hermano fueron los dueños de los ingenios Hileret de Lules, en Tucumán, los reyes del azúcar.

En Mar de la Plata, en el centro de la Perla del Atlántico, Margarita Rodrigué tenía una propiedad que era media manzana, con casero, Abel; cocinero, André (que sabía el nombre de los platos en francés, pero que era italiano) y ayudante de cocinero; dama de casa, Paula; chofer, niñera y tres mucamas. Era Jauja. Teníamos caballerizas con dos autos, una perrera usada como gallinero, cancha de tenis, y una maravillosa casa de dos pisos que todavía está en pie. Había una sala de juegos con billar y dos mesas de juego de tapete verde.

Durante el largo veraneo convivía mi familia con la de mi tío Juan. Papá jugaba en una mesa con sus amigos y mi tío en la otra, pero eran muy compañeros y salían a pescar o a cazar juntos todos los días en uno de los autos, ayudados por Abel, que velaba por los cebos y carnadas y por poco proveía los peces del mar. El otro auto, más paquete, hacía un servicio tipo colectivo, llevando a las dos familias a Playa Grande a medida que se despertaban. Mi hermana María Mercedes decoraba los menús de cada día, palabra de honor. Conservo un menú, con

guirnaldas de flores, donde me entero que en cierto día de febrero de 1930 teníamos tres variedades de pescado, sopa Juliana, lomo de cerdo con salsa de hongos, oeufs a la neige y frutas. En cada extremo de la mesa el menú era exhibido en un portamenú de plata. Era increíble. Yo podía, en la playa, invitar a uno o dos amigos y no precisaba avisar. En la larga mesa cabían más de veinte personas.

Tres variedades de pescados. ¿Se imaginan lo que significa? Pejerrey, corvina y besugo, cuando no había pescadilla del rey.

Rosita, tenía mi edad: seis años. Era hija de los caseros. Fue mi primera novia, aunque no sé si sabíamos que estábamos de novios. Nos queríamos mucho e íbamos de la mano por el jardín. Recuerdo que una vez dormimos la siesta juntos. Cierta vez me peleé por ella cuando uno de mis amigos no quiso jugar con Rosita, por ser hija del casero. Yo me le fui al humo y apliqué un cross de derecha en la oreja y él acertó en mi nariz. Me sentí feliz cuando ella paró la sangre con un pañuelo blanco.

En el verano que cumplí seis años hubo un momento divisor de las aguas. Mis hermanas me habían dicho que a los seis años uno ya es grande y pierde la inocencia. Yo acaba de entrar en el país de las torcazas muertas. Desperté muy triste en el día de mi cumpleaños y me puse a llorar. Era el fin de la primera infancia. Cuando la niñera entró en el cuarto, ella no comprendía mis lágrimas.

—¿Pero si hoy es tu cumpleaños, Emilito? —dijo, mientras abría las cortinas, para dejar que el sol entrara en la pieza.

Yo seguía sollozando.

—¿Tuviste un sueño malo?

Meneé la cabeza y ella arrimó una sillita para vestirme y yo, secando las lágrimas, la detuve con un gesto, y dije:

—Me voy a vestir solo.

Y nunca más nadie me vistió.

Nunca más nadie me vistió. El camino fue largo, gané mil caras y algunas mañas, mas reconozco en ese niño al padre de lo que soy.